

Biblioteca Universidad  
Pontificia Boliviana



CANALÉ COMUNICACIÓN + DESARROLLO

noviembre 2008, año 2 no. 2

CUIDAR EL MEDIO AMBIENTE ES CUIDAR A LA GENTE. ECOLOGÍA Y COMUNICACIONES: ¿CÓMO ESTAMOS EN NUESTRO PAÍS?. LA ENERGÍA COTIDIANA DE CADA DÍA. LA CRISIS AMBIENTAL ES UNA CRISIS SOCIAL. ESAS ACCIONES QUE NOS SOSTIENEN. ENTREVISTA A LUIS RAMIRO BELTRÁN.

# LA COMUNICACIÓN PARA EL DESARROLLO EN EL CONTEXTO ACTUAL

## Entrevista a Luis Ramiro Beltrán Salmón

Realizada por Hugo Aguirre, coordinador de la especialidad de Comunicación para el Desarrollo y José Luis Aguirre Alvis, director del SECRAD de la Universidad Católica Boliviana y representante de la Asociación Mundial de Redes Comunitarias  
La Paz, Agosto 12, 2008

**CANALÉ.- ¿Cómo vino a dar al campo de la comunicación para el desarrollo? ¿Cuáles fueron sus relaciones con el quehacer comunicativo en general y con el pensar académicamente sus procesos?**

LRB.- Fue una casualidad afortunada.

Me inicié en el periodismo a bien corta edad trabajando entre 1942 y 1952 en dos diarios y en una radioemisora, así como escribiendo ocasionalmente para revistas del país y del exterior. Además, fundé y dirigí un semanario noticioso humorístico. Al mismo tiempo hice algo en publicidad comercial, propaganda política y relaciones públicas. Y, de mediados de 1953 a mediados de 1955, fui también guionista del naciente cine documental boliviano.

A principios de agosto de 1953 el Servicio Agrícola Interamericano (SAI), me ofreció empleo en su Departamento de Información de Extensión Agrícola que apoyaba a agrónomos provinciales con información para que enseñaran a los campesinos métodos de cultivo dirigidos a aumentar y mejorar su producción. No me sentía calificado ni motivado para desempeñar tal oficio, pero el SAI se valió entonces de una eficaz táctica para convencerme de hacerlo al asegurarme que, pasado satisfactoriamente el trimestre de prueba, me brindaría capacitación para aquello en el exterior. Y fue así que, seducido por la posibilidad de estudiar, comencé a trabajar en uno de los formatos de lo que, sólo varios años más tarde, llegaría a conocerse como la disciplina profesional de “comunicación para el desarrollo”.

A mediados de noviembre del 53 llegué a San Juan de Puerto Rico para diez semanas de estudio sobre “educación audiovisual” en el Centro de Educación de la Comunidad y en la Universidad de Río Piedras. Con otros becarios latinoamericanos aprendí allá entonces de excelentes maestros rudimentos de principios y técnicas para diseñar, producir y utilizar mensajes educativos mediante cartillas, carteles, fotografías, diapositivas y películas cinematográficas.

En febrero de 1954 nuestra beca fue ampliada por siete meses para proseguir estudios semejantes, pero con algo más de teoría, en núcleos de excelencia académica que cada uno escogía según preferencias personales. La última actividad de mi programa, ya en rumbo a Bolivia, fue visitar por una semana en Turrialba, Costa Rica, la central del Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA (IICA) para familiarizarme con su Servicio de Intercambio Científico y enterarme de su expectativa de establecer un programa para apoyar en todos los países de la región la transferencia eficaz de información técnica agropecuaria de científicos a campesinos.

Retorné a Bolivia a mediados de septiembre del 54 para reincorporarme al Servicio Agrícola Interamericano provisto de un preciado bagaje inicial de formación académica, práctica y teórica. Me empeñé en tratar de aplicar lo aprendido compartiéndolo con mis compañeros de labor. Confieso que ni aún con ello me di cuenta cabal del surgimiento de la comunicación para el desarrollo como una disciplina profesional ni, mucho menos, de que yo vendría a estar entre los primeros en ejercerla en Latinoamérica.

Más aún, nunca soñé que aquello pronto me conduciría emprender una carrera internacional en tal especialidad. En septiembre de 1955 fui contratado por el Proyecto 39 de la OEA para contribuir en la mencionada ciudad costarricense de Turrialba a iniciar aquel programa regional de capacitación en comunicación para el desarrollo rural en el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA. Pensé que me reintegraría a mi país al cabo de unos tres años, pero iría a permanecer algo más de tres quinquenios en el IICA, siendo transferido a principios del último de ellos a Lima con sede de trabajo en la Universidad Agraria de La Molina.

En septiembre de 1965 me trasladé del Perú a los Estados Unidos de América para hacer estudios de postgrado en comunicación y sociología en la Universidad del Estado de Michigan hasta junio de 1970. En julio de ese año asumí en Bogotá la



dirección del Centro Interamericano de Desarrollo Rural y Reforma Agraria creado por el IICA. Tres años después, luego de una consultoría para la UNESCO en París, lamenté mucho tener que apartarme del entrañable IICA, pero permanecí en Bogotá, donde por los diez años siguientes trabajaría en el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) del Canadá. Por último, de marzo de 1984 a marzo de 1991, fui Consejero Regional de la UNESCO en Comunicación para América Latina con sede en Quito.

Volvería en definitiva a Bolivia en abril del 91, cuando fundé el Programa Nacional de Reforma Educativa con apoyo financiero del Banco Mundial. Y desde 1992 hasta 2004, con sede en La Paz, fui Consejero Regional para América Latina en Comunicación para la Salud de la Universidad Johns Hopkins. Cumplí así entonces medio siglo de trabajo en comunicación para el desarrollo.

**CANALÉ.- Dada semejante experiencia, ¿cómo recapitularía usted en suma los aportes latinoamericanos sobresalientes al campo de la comunicación para el desarrollo?**

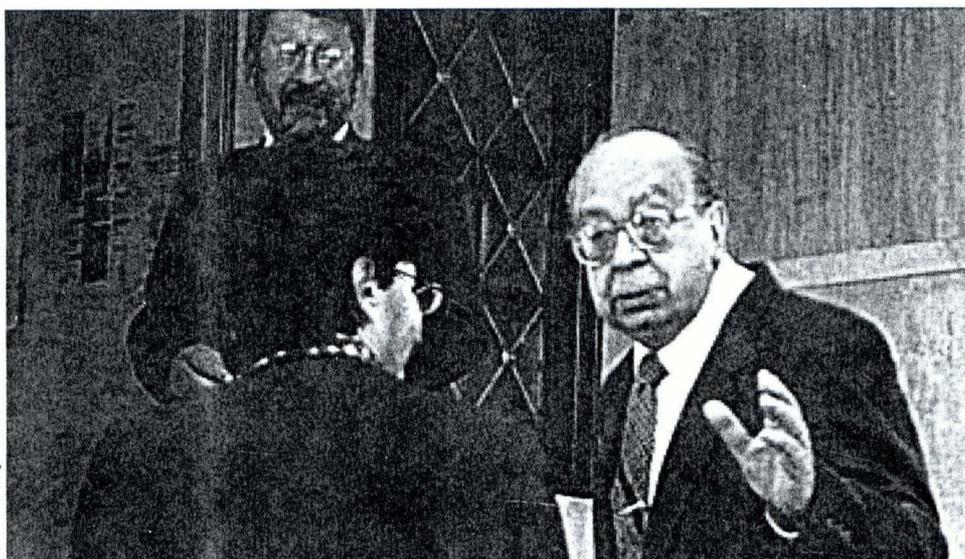
LRB.- Hay evidencias sustantivas de que Latinoamérica ha sido la región precursora del que fuera llamado “Tercer Mundo” en la práctica y en la teoría de la comunicación para el desarrollo nacional verdaderamente democrático.

En efecto, dicha práctica comenzó en nuestra región entre el último tercio de la década de 1940 y el primer tercio de la de 1950. Tres ejercicios pioneros fueron concurrentes entonces en ella, dos nativos y uno foráneo.

En Colombia, el cura párroco del pueblo andino de Sutatenza, Joaquín Salcedo, creó la estrategia de las “escuelas radiofónicas”. Ellas consistían de pequeños grupos comunales campesinos dotados de un radioreceptor especial por el que sintonizaban – en horarios fijos y con apoyo de textos,

gráficos y grabaciones – programas educativos producidos específicamente para ellos por una emisora católica. Se hacía eso primero para enseñarles a leer y a escribir, luego para ayudarlos a mejorar la práctica agrícola y finalmente para el cuidado de la salud y para respaldar actividades comunitarias. Se tomaba decisiones y acuerdos para la acción solidaria y cooperativa en pos de su desarrollo. Para expandir la modesta experiencia inicial a escala nacional la Iglesia creó Acción Cultural Popular (ACPO) que, con apoyo gubernamental y ayuda exterior de varias fuentes, llegaría en una década a ser un singular, prestigioso e influyente ejercicio de innovación educativa dueño de una poderosa cadena nacional de emisoras, de institutos para formación de líderes rurales y de una editorial de material didáctico.

En Bolivia, sindicatos de trabajadores de la minería estañífera privada, que constituía el basamento de la economía del país, protagonizaron – espontánea y autogestionariamente – el primero y más original ensayo de aproximación a la comunicación realmente democrática. Cansados de vivir pobres, aislados y sojuzgados y de no lograr ser escuchados por los medios masivos de comunicación comerciales y estatales, esos obreros del subsuelo aportaron cuotas de sus magros salarios para comprar rústicos y usados equipos de transmisión radiofónica con los que instalaron pequeñas emisoras de corto alcance que, en algo menos de una década, llegarían a formar una cadena nacional de alrededor de treinta “radios mineras”. Del todo carentes de experiencia en producción radiofónica, improvisaban con entusiasmo programas de noticias, de apoyo a la acción sindical, de debates sobre problemas de sus comunidades y hasta de entretenimiento. La estrategia que implantaron fue la del “micrófono abierto” consistente en que, lejos de confinar la emisión a los sindicalizados en socavones e ingenios, la llevaron a toda la gente transmitiendo a menudo des-



de mercados, iglesias, escuelas, canchas deportivas y hogares sin cobrar a nadie estipendio alguno. De esta manera unos veinte años antes de que hubiera quien propusiera “devolver la palabra al pueblo”, esos trabajadores se la habían dado a sí mismos pese a sufrir en ocasiones dura represión gubernamental por ello.

Y, por acuerdo con varios de los gobiernos de la región, el de los Estados Unidos de América estableció servicios cooperativos para fomentar el desarrollo en agricultura, en salud y en educación como parte del programa de asistencia internacional creado por el Presidente Truman que se conoció como el del “Punto Cuarto”. Ellos contaban con órganos especializados en comunicación educativa primordialmente dedicados a apoyar la transferencia de tecnologías.

A partir de mediados de 1950 comenzaron a surgir en la región otros ejercicios de comunicación del pueblo, por el pueblo y para el pueblo y ya no sólo por medio de la radio sino apelando a otros recursos mediáticos imaginativos. Comunidades rurales y agrupaciones suburbanas de base estuvieron entre las organizaciones que se valieron de la radio en distintas formas para hacer oír su voz en varios países de la región, notoriamente en Perú, México, República Dominicana, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Cuba. En Ecuador, se creó la estrategia de las “cabinas radiofónicas”, puestos de grabación en áreas rurales en que los campesinos podían emitir mensajes que serían divulgados por una emisora central. En

Bolivia se formó con auspicio de la Iglesia Católica “Educación Radiofónica Boliviana” (ERBOL), una vasta red de emisoras creadora de la estrategia de “reporteros populares”. Inicialmente ella seguía el modelo Sutatenza, pero luego fue transformada para dar al campesinado indígena mayor oportunidad de participación directa en la programación de cada radio y en sus propios idiomas. Y en Uruguay, se creó el original formato de “casette foro rural” para fomentar el diálogo a distancia entre agricultores cooperativistas.

En Brasil, en osado plan contestatario a las dictaduras militares, surgió el formato llamado “prensa nanica” por estar formado por pequeños y ocasionales periódicos casi clandestinos. En Perú se organizó en Villa El Salvador, populoso barrio limeño de inmigrantes campesinos indígenas, un extraordinario ejercicio de comunicación comunitaria por múltiples medios valiéndose al principio de altoparlantes y periódicos murales y luego de radio y hasta de televisión propias. En Bolivia nació y prosperó el primer empeño en la región de hacer “un cine junto al pueblo” mediante documentales sobre la gente indígena, mayoritaria entonces en el país. Y en varios países de la región se recurrió además a teatro callejero, teatro de títeres, pancartas, festivales de música y baile y cartillas para ferias.

Aunque fue algo posterior y puede ser menos notorio, no es menos cierto que los latinoamericanos fuimos precursores también en la teorización sobre la comunicación en relación con el desarrollo.

Desde el segundo tercio de 1960, la ciencia acudiría a respaldar al arte de la comunicación al servicio del pueblo.

Iniciada en Venezuela y Argentina en 1963 por Antonio Pasquali y Eliseo Verón, la investigación crítica sobre la comunicación iría a hallar evidencias, sobre todo en la década de 1970, de que el sistema de comunicación masiva vigente operaba como instrumento para la perpetuación del poderío oligárquico – económico y político – en desmedro de la mayoría de los integrantes de la sociedad. Se halló, por una parte, que la dominación interna de las masas por las élites se daba con el decidido y eficaz concurso de la mayor parte de dichos medios. Por otra parte, se comprobó que la comunicación internacional de Latinoamérica padecía fuerte dependencia de los Estados Unidos de América en cuanto al tráfico de noticias, a la publicidad comercial y a la propaganda política, así como a las grabaciones musicales, a los programas de televisión y a la provisión de películas cinematográficas.

Tal verificación indujo a algunos investigadores académicos en varios de los países de la región – como Armand Mattelart, Héctor Schmucler, Javier Esteinou y el que les habla – a plantear, desde principios de la década de 1970, el cambio de dicha estructura de omnimodo poder nacional y de la incontrastada influencia internacional. Eso llevaría a ellos y a muchos otros a luchar por la democratización de la estructura semifeudal y cuasi colonial de la sociedad mediante la democratización de la propia comunicación. Y ello, a su vez, instó a dicha joven vanguardia reformista a preguntar qué clase de comunicación debía propiciarse para contribuir a lograr cuál tipo de desarrollo. El análisis crítico por miembros de lo que dio en llamarse la Escuela Latinoamericana de Comunicación condujo, por tanto, a cuestionar no solamente al modelo de comunicación prevaleciente sino también al modelo de desarrollo vigente.

Ya a partir de mediados de la década de 1960 se habían registrado en Latinoamérica exámenes críticos sustantivos de aquel modelo de desarrollo como el de la Teoría de la Dependencia. Y, concomitantemente, fueron surgiendo en ella, en la década de 1970, críticas al modelo de

desarrollo entendido como “modernización” y recomendaciones de bases para nuevos modelos como las contenidas en la Declaración de Cocoyoc (México) de 1974 y propuestas concretas para forjar una nueva sociedad como la de “Modelo Latinoamericano Mundial” planteado por la Fundación Bariloche en 1976.

Yo estimo que fue desde entonces que ya no se podría ver más a la comunicación para el desarrollo en términos puramente técnico-pedagógicos sino también, realista y justificadamente, en términos políticos y económicos. Y de ahí, pues, la confirmación y consolidación del planteamiento innovador latinoamericano en pro de la democratización de la comunicación como instrumento liberador clave para ayudar a forjar la verdadera y plena democracia en la que la prosperidad económica y el desarrollo material fueran logrados con la participación efectiva, protagónica y sostenida del pueblo en la toma de decisiones.

**CANALÉ.- Se ha calificado a la comunicación que impulsa al desarrollo, desde una perspectiva sincrónica, como instrumentalista, difusionista, interactiva, participativa, etcétera. ¿Con cuál se queda usted? ¿Qué tipo de comunicación consideraría más adecuada para los tiempos actuales?**

LRB.- La calificación de “difusionista” fue muy importante porque correspondió al modelo propuesto por el mundialmente famoso investigador estadounidense Everett Rogers, de quien fui discípulo en la Universidad del Estado de Michigan. Desde mediados de la década de 1960 ese modelo fue acriticamente aplicado a la investigación en comunicación para el desarrollo rural en algunos países latinoamericanos, principalmente México, Colombia y Brasil. En 1976, a gentil invitación del propio doctor Rogers, escribí para una revista de EE.UU. un ensayo crítico de las premisas, los objetos y los métodos foráneos en la investigación en comunicación en Latinoamérica. Objeté en él a dicha teoría de la difusión de innovaciones por considerarla instrumentalmente propicia a perpetuar el desmedido e injusto poderío de la minoría latifundista, conservadora y, por tanto, negadora de la necesidad del cambio estructural justiciero para que la mayoría accediera al

desarrollo. Rogers no sólo que no se molestó por esa observación mía sino que, poco después, iría a modificar pronunciadamente su concepción del desarrollo y a hacer ajustes a su teoría que, con hidalga sinceridad, atribuyó pública y reiteradamente a la inspiración latinoamericana.

En cuanto a las calificaciones “interactiva” y “participativa” ellas corresponden a los empeños realizados por comunicólogos latinoamericanos rebeldes para formular un modelo de comunicación verdaderamente democrático. También llamaron a la comunicación apetecida – en escritos que irían a ser recogidos por cinco compilaciones en libros – “alternativa”, “popular”, “grupala”, “comunitaria” y principalmente “dialógica” y “horizontal”. Estos dos últimos apelativos eran indicadores de la influencia del credo liberacionista del innovador pedagogo brasileño Paulo Freire en el pensamiento latinoamericano cuestionador del concepto de la comunicación. A lo largo de la década se destacaron en el ejercicio de esa reflexión el estadounidense Frank Gerace, residente en Bolivia y en Perú, el paraguayo Juan Díaz Bordenave, los brasileños Joao Bosco Pinto y José Marques de Melo, el uruguayo Mario Kaplún, los argentinos Daniel Prieto, María Mata, Máximo Simpson y Ricardo Nosedá, los peruanos Rafael Roncagliolo y Luis Peirano, el chileno Fernando Reyes Matta y el español radicado en Costa Rica Francisco Gutiérrez. Creativamente se fueron generando así nuevos fundamentos intelectuales en el marco del compromiso con el cambio estructural de la sociedad.

En 1979, por encargo de la UNESCO, escribí para la Comisión MacBride el ensayo “Adiós a Aristóteles: la Comunicación Horizontal”. Comencé por reseñar sucintamente la esencia de los modelos tradicionales de la comunicación desde el clásico de Lasswell hasta el moderno de Schramm y Berlo. Pasé luego revista a las principales críticas hechas a esos modelos unidireccionales no sólo en Latinoamérica sino en el mismo Estados Unidos de América. Eso me llevó a la conclusión de que lo que ocurría a menudo bajo el nombre de comunicación era mayormente un monólogo dominante en beneficio del emisor de mensajes que se valía de la persuasión para someter a su voluntad al receptor pasivo. Alegué que esa relación vertical, asimétrica y cuasi autoritaria

constituía una forma antidemocrática de comunicación y abogué por la construcción en su reemplazo de un nuevo concepto de la comunicación, un modelo humanizado, no elitista, democrático y no mercantilizado. Y propuse una definición a partir de la cual formulé un conjunto de lineamientos básicos para la conformación de lo que llamé un modelo de “comunicación horizontal”.

A riesgo de ser criticado por aferramiento a viejas ideas, sostengo francamente que formas como esas de pensar la comunicación tienen hoy por lo menos la misma validez que cuando fueron inicialmente enunciadas. Digo ello porque es evidente que en la era de la Sociedad de la Información la comunicación nacional e internacional es aún más antidemocrática que entonces. Los medios masivos tradicionales han proliferado, han aumentado su alcance y han refinado sus productos, pero no han mostrado tendencias hacia la democratización ni han dejado de favorecer al “status quo”. Y las prodigiosas nuevas tecnologías están en mucho mayor grado y a escala global controladas por minorías opulentas, mercantilistas y conservadoras en perjuicio de las mayorías depauperadas y soslayadas, si es que no expoliadas. ¿Por qué habría, pues, que descartar ahora dicha perspectiva pro cambio?

**CANALÉ.- Entre las instancias en que usted tuvo en aquellos históricos años del 70 papel protagónico como teórico de la comunicación democrática sobresalen la de las Políticas Nacionales de Comunicación y la del Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación. ¿Cómo recuerda todo aquello?**

LRB.- El planteamiento de esas dos propuestas antagónicas a la dominación interna y a la dependencia externa en materia de comunicación ocasionó, por primera vez en la historia, un conflicto mundial de tal magnitud, intensidad y duración que hizo que los años de 1970 fueran conocidos como “la Década de Fuego”. En ambos casos la UNESCO fue el escenario central del combustivo y estentóreo debate y el pensamiento rebelde latinoamericano hizo contribuciones capitales a tal reflexión.

En cumplimiento del mandato que le diera en 1970 su Asamblea General, la UNESCO previó realizar en 1974 en Bogotá la Primera Reunión de Expertos

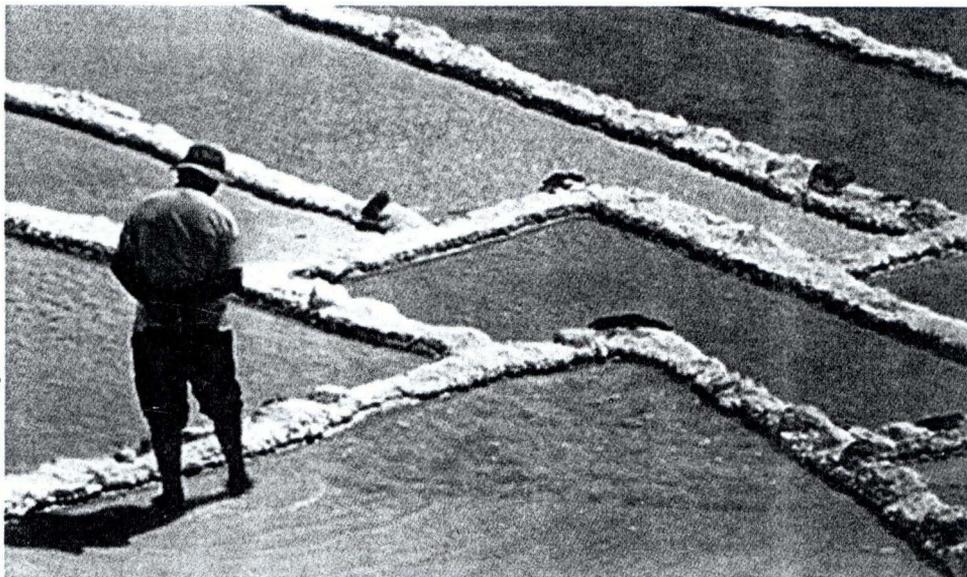


Foto: David Hermoza Bocanegra

sobre Políticas y Planificación de la Comunicación. En diciembre de 1973 me encomendó preparar en su sede de París el esquema organizativo para dicho encuentro y el documento básico para las deliberaciones del mismo. En cuanto a lo segundo, comencé por plantear una definición de las Políticas Nacionales de Comunicación y propuse luego en detalle lineamientos concretos para la formulación y la aplicación de ellas. Recomendé que eso se hiciera por consenso ciudadano pluralista creando un consejo nacional con la participación de representantes de los profesionales de comunicación, de los propietarios de los medios y de agrupaciones clave de la sociedad, así como obrando mediante recursos legales y procedimientos democráticos. Y propuse que el gobierno cumpliera solamente funciones de promoción, fiscalización y mediación. La reunión de expertos en Colombia dio amplia acogida a ese planteamiento y deliberó luego hasta producir su valioso informe final que la UNESCO tuvo en mente usar como agenda para la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe que tenía prevista para 1975.

Tan pronto como ella hizo circular internacionalmente en el propio 1974 el informe de los expertos de Bogotá, la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR) y la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) lo repudiaron vehementemente porque lo hallaban atentatorio contra la libertad de prensa y anunciaron con dureza su intención de oponerse a la realización de la Conferencia Intergu-

bernamental. Lo hicieron persuadiendo sucesivamente a los gobiernos de Argentina, Perú y Ecuador para que no dieran sede a ella. Pero la UNESCO sí consiguió que la diera el gobierno de Costa Rica, si bien en 1976. Ante ello, la acosaron hasta asegurarse de que ninguno de los documentos de la reunión de expertos de Bogotá formara parte de la documentación para la conferencia de San José. Además, montaron contra ésta una agresiva campaña de hostigamiento por múltiples medios de comunicación tratando de inhibir las decisiones de los Ministros. Sin embargo, hábil y resueltamente liderada por el gobierno de Venezuela mediante su Ministro Guido Grooscors, dicha conferencia logró emitir una excelente declaración general y un vasto conjunto de recomendaciones específicas para que cada gobierno impulsara – por consensos de la colectividad interesada – y aplicara sus respectivas Políticas Nacionales de Comunicación y para que todos ellos tomaran algunas acciones cooperativas regionales sobre la materia. Resultó ostensible en esos pronunciamientos oficiales la influencia que tuvieron, pese a la presión de la AIR y de la SIP, los dos documentos de Bogotá que los dirigentes de ellas habían proscrito por hallarlos destinados a “servir las aspiraciones de fascistas y marxistas”.

Lamentablemente, pero quizás no sorprendentemente, sólo tres de los gobiernos cuyos representantes habían firmado aquellos pronunciamientos trataron de aplicar los acuerdos. El primero fue el de Venezuela cuyo Ministro de Información, Guido Grooscors, alistó a su retorno de

San José la propuesta de política para su aprobación parlamentaria. La SIP y la AIR desataron entonces una presión tan fuerte sobre el Presidente Carlos Andrés Pérez que pronto Grooscors tuvo que dejar no sólo el cargo sino el país para asumir de pronto la Embajada en Colombia. Hubo luego algunos intentos parciales del gobierno peruano de los militares nacionalistas que presidía el Gral. Velasco Alvarado, pero no prosperaron mayormente por la tenaz influencia de aquellas mismas agrupaciones continentales de dueños de

medios masivos. Y en 1982 el Secretario de la Presidencia de la República de México, Luis Javier Solana, organizaría un equipo de especialistas que trabajaría algunos meses preparando en detalle una propuesta ambiciosa e integral para implantar las políticas nacionales de comunicación bajo el rótulo de “Los Nuevos Derechos de Información”. Enterados de ello los medios afiliados a las indicadas agrupaciones, ejercerían también una presión tal que dicho alto colaborador del Presidente José López Portillo perdería



Foto: Sandra Pereda Burga



Foto: David Hermoza Bocanegra

repentinamente su puesto en el gabinete y el equipo sería desbandado, quedando del todo anulado el valioso emprendimiento.

Mientras la insurgencia pro políticas declinaba, irrumpía en la escena en el mismo 1976 el planteamiento del Movimiento de los Países No Alineados – establecido por liderazgo yugoeslavo y árabe – para que se forjara un Nuevo Orden Internacional de la Información y la Comunicación (NOMIC). Esa propuesta fue acogida por la Asamblea General de las Naciones Unidas que encomendó a la UNESCO dar apoyo técnico a aquel movimiento. Así París se convertiría, de nuevo, en el centro de una ácida y ardiente confrontación mundial, sin precedentes, a lo largo de todo el resto de aquella década.

Si Venezuela, con preciados aportes de sobresalientes investigadores como el precursor Antonio Pasquali, Luis Anibal Gómez, Oswaldo Capriles, Alejandro Alfonso, Elizabeth Safar y José Antonio Mayobre, se había distinguido en la reflexión sobre las políticas teniendo por base al ININCO de la Universidad Central, ahora el pensamiento latinoamericano en cuanto al NOMIC sería activado principalmente por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) dirigido, desde México, por el economista

chileno Juan Somavía con el concurso de su compatriota Fernando Reyes Matta y del comunicólogo peruano Rafael Roncagliolo.

A Reyes Matta y a mí la UNESCO nos encomendó asesorar en 1978 en Túnez al Coordinador de los Ministros de Información de los No Alineados, Moustafá Masmoudi, en la preparación de una concepción pormenorizada y fundamentada de la naturaleza de los cambios específicos a que aquellos aspiraban para acabar con el agudo desequilibrio que favorecía a los países altamente desarrollados a fin de que los países en vías de desarrollo “... obtengan la descolonización de la información e inicien un nuevo orden internacional de la información”. La oposición de las potencias occidentales a ello fue frontal y tenaz, sosteniéndose – diríase que en llamas – hasta 1978. Tan empeñada y candente era, en efecto, la confrontación que el Director General de la UNESCO, el africano Amadou Mahtar M’Bow, tuvo que crear como mediadora en pos de conciliación una Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación. Encomendó la presidencia de ella al científico irlandés Sean MacBride, Premio Nobel de la Paz y Premio Lenin de la Paz. Al término de ocho períodos de sesiones de quince distinguidos especialistas de varias partes del mundo a lo largo de dos años, la Comisión MacBride logró en 1980 que la Asamblea General de la UNESCO aprobara en Belgrado su informe final. Aunque éste fue lógicamente transaccional y equilibrado, convalidó claramente la propuesta sobre las Políticas y sobre el NOMIC a las que el pensamiento reformista latinoamericano había dado cruciales aportes. Y, además, se identificó en general con el credo de la democratización de la comunicación profesado y propiciado por aquél desde principios de la década del 70.

Sin embargo, también en cuanto al NOMIC la distancia entre la manifestación de ideales y la acción para ponerlos en práctica resultó insalvable. Las poderosas fuerzas opuestas al cambio se aseguraron presta y contundentemente de que así fuera. Convocados por el World Press Freedom Committee, dirigentes de todos los principales sistemas occidentales de comunicación masiva emitieron en 1981 en Francia la Declaración de Talloires por la que rechazaron tajantemente toda me-

dida de reforma y desahuciaron con aspereza cualquier intento de regulación de la comunicación internacional. Y el gobierno de los Estados Unidos de América provocó la dimisión del Director General de la UNESCO M'Bow y, junto con el de Inglaterra, se retiró de dicha organización con lo que le restó considerables recursos financieros y la indujo a una regresión a la tradicional postura conservadora. Y, aunque emitió un pronunciamiento censurando todo aquello e insistiendo en su aspiración, infortunadamente el Movimiento de los Países No Alineados no volvería a mostrar resolución efectiva y sostenida ni capacidad apropiada para ello.

**CANALÉ.- ¿Cómo ve usted la actual situación de la región en la era del neoliberalismo, la globalización y la Sociedad de la Información con sus extraordinarias tecnologías? ¿Juzgaría pertinente que en relación con ella se reactivaran intentos como el de forjar políticas nacionales y el de propugnar un nuevo orden internacional de la información y la comunicación?**

LRB.- Yo hallo que la situación actual de la comunicación en Latinoamérica es, sin duda, muchísimo peor que la que prevalecía en los años del 70.

Veo muy claras señales de que la dominación interna se ha consolidado. El desarrollo justiciero y en verdad democrático no se ha logrado. Y el anhelo de democratizar la comunicación no se ha materializado. Muy por el contrario, la concentración de la propiedad de los medios de comunicación masiva en pocas manos ha aumentado en la región muy considerablemente y ha tendido a formar conglomerados, a transnacionalizarse y a privatizarse aún más. Se ha producido especialmente un fuerte incremento en la privatización de las frecuencias del espectro radioeléctrico que favorece a la emisión comercial y conservadora y resta oportunidad de manifestarse a las agrupaciones del pueblo raso y pobre, así como priva al Estado de valerse de la radio con fines educativos y culturales en pro del desarrollo. Ello obligó a muchas de aquellas agrupaciones a operar sus pequeñas emisoras comunitarias sin licencia gubernamental, mientras en algunos países políticos influyentes repartían tales licencias entre sus allegados. La proliferación de esas radios consideradas “piratas” ha desatado sobre no

pocas de ellas represión gubernamental, a veces sangrienta, desde México y Guatemala hasta Argentina, Chile y Brasil, pese a tener hoy estos tres últimos países gobiernos de adscripción socialista. El mercado – con su punta de lanza muy visible en la publicidad comercial y en la propaganda política – domina el ejercicio de la comunicación masiva en tanto que ésta no se interesa en contribuir al desarrollo ni, mucho menos, a la superación de la inequidad que el modelo impuesto más bien ha acentuado mucho al agrandar la brecha entre pobres y ricos. En cuanto a las industrias culturales y a la de telecomunicación el grado de concentración es tal que en cada mercado las cuatro primeras firmas dominan, en promedio regional, la facturación del mercado y el sesenta por ciento del público.

La dependencia externa se ha ampliado y profundizado enormemente con modernas tecnologías como la del Internet. Centenares de millones de personas en todo el mundo consumen en la actualidad, a diario y en forma directa o indirecta, los productos culturales e informativos de una decena de gigantescos consorcios mercantiles de los Estados Unidos de América. Y el promisorio Internet es mayormente un privilegio de los países avanzados y ricos y de las élites dominantes y conservadoras en los países pobres. Por ejemplo, a principios del presente siglo Estados Unidos de América, los miembros de la Unión Europea y el Japón controlaban ya el 90% de la producción de bienes y servicios informativos electrónicos del mundo. Un poco más de los 550 millones de computadoras que había entonces en él estaban en Estados Unidos, Japón, Inglaterra y Francia. A esos mismos países correspondía algo más de dos tercios del total mundial de usuarios del Internet que era de 320 millones. Y, en tanto que Estados Unidos de América contaba con el 57% del total mundial de “internautas”, Latinoamérica sólo contaba con el 1%.

En suma, el desafío que enfrentan leal y obstinadamente hoy los creyentes en la democratización de la comunicación es inmenso porque el problema se ha tornado mayúsculo y mucho más difícil de resolver que en los años del 70. Además de explicarse por las circunstancias anotadas, esto se debe en parte a que la comunicación por vía de algunas de las tecnologías actuales no es fácilmente regulable por normas le-

gales en vista de su propia naturaleza y, por otra parte, al hecho de que no sólo que no hay aún empeños sustantivos de regulación sino que los poderosos están empeñados inclusive en lograr desregulación.

¿Se podrá en esas condiciones intentar reponer esfuerzos en pro de políticas nacionales de comunicación y de un nuevo orden internacional de la información y de la comunicación? Yo quiero creer que sí y ello se debe a que no soy capaz de renunciar a la utopía. Pero se debe igualmente a que compruebo con satisfacción y optimismo que ni los viejos amantes del cambio han desistido de sus ideales ni todos los jóvenes de hoy son indiferentes al ideal de democratización por vías lícitas. En efecto, hay en la literatura actual de nuestra profesión varias manifestaciones de convicción en sentido de que nunca han sido más justificadas y necesarias que ahora aquellas políticas y dicho nuevo orden, si bien con lógicos ajustes a las nuevas realidades del caso en el presente.

Me solaza constatar así que el pensamiento renovador latinoamericano no ha abdicado de su compromiso y está dispuesto a luchar para lograr el cambio. También me alienta considerar que Latinoamérica, más que ninguna otra parte del mundo en búsqueda de desarrollo, cuenta con un amplio, variado y sólido conjunto de agrupaciones profesionales de comunicación con jurisdicción regional.

Por eso he venido sosteniendo públicamente en estos años recientes que lo que hace muchísima falta es que tales entidades conjuguen sus recursos humanos y materiales y se organicen para pensar y actuar eficazmente de consuno porque nadie puede tomar por sí solo un reto tan descomunal. He propuesto consecuentemente que ellas establezcan cuanto antes un comité multi-institucional de coordinación permanente que comience por estudiar la situación con urgencia, pero en detalle y, en función de ello, diseñe y ejecute un programa quinquenal de acción cooperativa para emplearse a fondo en convertir la quimera en realidad. Gracias a esta amable entrevista reitero ante ustedes, con esperanza y apremio, la enunciación de ese sueño que a la hora del sol poniente aún atesora mi corazón.

**CANALÉ.- ¿Por cuál de los momentos de su larga trayectoria comocomunicador**

**para el desarrollo siente especial aprecio y por qué? ¿fue acaso determinante para su carrera?**

LRB.- Les cuento sin vacilación que ese momento fue el de mis estudios de postgrado en la Universidad del Estado de Michigan, algo que tampoco había soñado hacer.

Tuve la fortuna de que el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA (IICA) me otorgara para ello en 1965 su Beca de Honor y que me admitiera a sus aulas esa prestigiosa universidad que era precursora en la enseñanza de la comunicación con algo de énfasis en la instrumental al desarrollo. Dirigía la Facultad de Comunicación el eximio comunicólogo David K. Berlo y daba la cátedra de comunicación para el desarrollo el prestigioso sociólogo rural Everett Rogers, autor de la teoría de la difusión de innovaciones.

Gocé del placer de ser alumno de ellos, del honor de ser ayudante de cátedra de los dos y del privilegio de que uno y otro fueran mis tutores de tesis. Con el Dr. Rogers hice en 1968 la de Maestría sobre la relación entre la comunicación y la modernización de naciones. Con el Dr. Berlo la hice en 1970 para el Doctorado mediante un estudio crítico de la relación entre comunicación y desarrollo en Latinoamérica bajo la dominación interna y la dependencia externa. Las pude hacer gracias a que ellos me enseñaron a leer sistemáticamente, a pensar creativamente y a escribir rigurosamente. Y, además, en el plano personal me dieron inolvidables lecciones de rectitud, hidalguía y generosidad.

Por dos razones esa entrañable experiencia de cinco años fue, en efecto, muy determinante para mi carrera profesional y hasta para mi personalidad. Porque fui transformándome de artista de comunicación, productor de mensajes, en científico de comunicación, productor de conocimientos. Y porque me hizo evolucionar de ser un técnico poco consciente de la deplorable realidad socioeconómica, política y cultural de Latinoamérica a ser un investigador crítico y contestatario de esa realidad antidemocrática e injusta que, lamentablemente, la comunicación masiva ayudaba a configurar y a perpetuar en nuestra parte del mundo.